

Joseph Roth

Hotel Savoy

Traducción del alemán de Isabel García Adánez



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Hotel Savoy*

Primera edición: junio de 2026

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Fotografía de Lucía Moreno y Miguel S. Moñita

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción: Isabel García Adánez, 2026

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2026

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

ISBN: 979-13-7009-219-1

Depósito legal: M. 146-2026

Printed in Spain

Índice

Primer libro

11	Uno
15	Dos
24	Tres
27	Cuatro
31	Cinco
42	Seis
48	Siete
56	Ocho
60	Nueve
68	Diez
75	Once
79	Doce
85	Trece

Segundo libro

91	Catorce
97	Quince
103	Dieciséis
110	Diecisiete

Tercer libro

123	Dieciocho
129	Diecinueve

136	Veinte
140	Veintiuno
150	Veintidós
157	Veintitrés

Cuarto libro

167	Veinticuatro
170	Veinticinco
174	Veintiséis
177	Veintisiete
180	Veintiocho
184	Veintinueve
185	Treinta

Primer libro

Uno

Llego al Hotel Savoy a las diez de la mañana. Había decidido pasar allí unos días o una semana de descanso. En esta ciudad viven mis parientes; mis padres eran judíos rusos. Quiero conseguir recursos económicos para continuar mi viaje hacia el oeste.

Vuelvo después de estar tres años preso, he vivido en un campo de prisioneros en Siberia y he recorrido los pueblos y ciudades de Rusia como obrero, jornalero, vigilante nocturno, mozo de estación y ayudante de panadero.

Llevo un blusón ruso que alguien me regaló, un pantalón corto heredado de un camarada muerto y unas botas que aún están bastante bien, de cuya procedencia no me acuerdo ni yo mismo.

Por primera vez en cinco años, me encuentro de nuevo ante las puertas de Europa.

El Hotel Savoy se me antoja más europeo que ningún otro alojamiento del este, con sus siete plantas, su blasón dorado y su portero con librea. Promete agua, jabón, cuarto de baño inglés, ascensor, camareras de piso con cofia blanca, coquetos y relucientes orinales que salen como sorpresa encantadora de un armarito de madera marrón; bombillas eléctricas que florecen en el interior de sus pantallas, cálices rosas y verdes; timbres estridentes que obedecen a la presión de un pulgar; camas con colchones de plumón, mullidísimas y felizmente dispuestas a acoger el cuerpo.

Me alegra volver a quitarme de encima una vida pasada, como tantas veces ya en los últimos años. Veo al soldado, al asesino, al que no asesinaron por poco, al resucitado, al prisionero, al vagabundo.

Intuyo la neblina de la mañana, oigo el redoble de los tambores de la compañía de soldados en el tintineo del piso más alto; atisbo a un hombre en mangas de camisa blanca, los movimientos mecánicos de los soldados, un claro del bosque que el rocío llena de brillo; caigo sobre la hierba ante un «supuesto enemigo» y me invade el deseo imperioso de quedarme allí tumbado, para siempre, sobre la hierba aterciopelada que acaricia la nariz.

Oigo el silencio de la sala del hospital, el silencio blanco. Me levanto una mañana de verano, oigo los vigorosos trinos de las alondras, paladeo el cacao y el panecillo con mantequilla del desayuno y el olor a yodoformo de la «dieta blanda».

Vivo en un mundo blanco de cielo y nieve, la tierra está plagada de barracones, como lepra amarilla. Noto el sabor dulce de la última calada a una colilla robada del suelo, leo la página de anuncios por palabras de un periódico de mi tierra antiquísimo en el que puedo repetir nombres de calles conocidas, reconocer los nombres de aquellos comercios que vendían de todo, el portero de un edificio, una tal Agnes, una rubia con la que me acosté.

Oigo la deliciosa lluvia durante una noche en vela, los carámbanos de hielo derritiéndose en secreto bajo el sonriente sol recién salido, aprieto los soberbios pechos de una mujer con la que me he cruzado por el camino y he llevado al musgo a tumbarse conmigo, la espléndida blancura de sus muslos. Duermo un sueño comatoso en el suelo de paja, en el cobertizo. Recorro campos preparados para la siembra y mis oídos siguen el débil canto de una balalaika.

Cuántas cosas puede uno absorber en su interior sin que lo refleje el cuerpo, los andares y las maneras. Cómo es posible beber de millones de copas sin saciarse jamás, brillar como un arcoíris que tuviera todos los colores del mundo y, con todo, no dejar de ser nunca un arcoíris con la misma escala de colores.

En el Hotel Savoy podía yo llegar sin más que una camisa y marcharme con un ajuar de veinte maletas... y seguir siendo Gabriel Dan. Quizá fuera tomar conciencia de esto lo que me dio tal seguridad en mí mismo, lo que me hizo ser tan orgulloso y prepotente que el portero me recibe con una reverencia, a mí, al pobre caminante

del blusón ruso, y un botones me espera muy diligente, aunque no traigo equipaje alguno.

Un ascensor me acoge, un ascensor con paredes de espejo; el mozo, un hombre de cierta edad, maneja el cable entre los puños, la caja sube, voy por los aires... y tengo la sensación de que aún fuese a volar hacia las alturas durante un buen rato. Disfruto del vuelo, calculo cuántos escalones me tocaría subir con harto esfuerzo si no viajara sentado en ese ascensor de lujo, y desde allá arriba suelto la amargura, la pobreza, el vagabundaje, el hambre y el pasado de mendigo sin patria, ¡que caiga todo hasta un fondo bien profundo desde donde no pueda volver a alcanzarme nunca!

Mi habitación –me han dado una de las más baratas– está en la sexta planta y es la número 703. El número me gusta –soy supersticioso con los números–, el cero en el medio es como una señora flanqueada por un caballero mayor y otro más joven. La cama tiene una colcha amarilla; gracias a Dios que no es gris, que podría recordar al ejército. Doy al interruptor de la luz varias veces, abro la puerta de la mesilla de noche, el colchón cede a la presión de la mano y los muelles le devuelven la forma, hay una frasca de agua que centellea, la ventana da a varios patios de luces con ropa tendida que flamea en alegres colores, niños que chillan y gallinas correteando de acá para allá.

Me lavo y me meto en la cama lentamente, disfrutando al máximo cada segundo. Abro la ventana, las gallinas parlotean con alegre estrépito, es como una nana dulce.

Paso el día entero durmiendo sin soñar.

Dos

Un sol tardío teñía de rojo las ventanas más altas del edificio de enfrente; la ropa tendida, las gallinas y los niños habían desaparecido del patio.

Por la mañana, cuando llegué, llovía en silencio; como, entretanto, había salido el sol, tuve la sensación de no haber dormido un día, sino tres. Mi cansancio había quedado atrás; mi corazón palpitaba como en día de fiesta. Sentía curiosidad por descubrir la ciudad, la nueva vida. Mi habitación me resultaba familiar, como si ya hubiese vivido allí mucho tiempo; me era familiar la campanilla, el botón del timbre, el interruptor eléctrico, la pantalla verde de la lámpara, el armario, el lavamanos. Todo me era tan familiar como un cuarto donde se ha pasado la infancia, todo era tranquilizador, todo rebosaba la calidez de un reencuentro con un ser querido.

Lo único nuevo era un cartel en la puerta en el que se leía:

Pasadas las diez de la noche, se ruega silencio. El hotel no se hace responsable de la pérdida de joyas. Servicio de caja fuerte.

Atentamente

Kaleguropulos, propietario del hotel.

El nombre era extraño, un nombre griego; me entraron ganas de declinarlo: Kaleguropulos, Kaleguropulu, Kaleguropulo... Un borroso recuerdo de clases desagradables en el colegio; un profesor de griego emergiendo de años olvidados, con su levita verde pátina... Los reprimí. Luego decidí salir a recorrer la ciudad, quizás ir a ver a algún pariente, y, si se daba el caso, disfrutar de lo que aquella tarde y aquella ciudad ofreciesen.

Recorro el pasillo en dirección a la escalera y me recreo en el bonito suelo del hotel, de baldosas rojizas muy limpias, y en el eco de mis firmes pasos.

Despacio, voy bajando por las escaleras; desde los pisos inferiores llegan voces, aquí arriba está todo en silencio, todas las puertas están cerradas, es como ir por un viejo monasterio, pasando por delante de las celdas de monjes en oración. La quinta planta es idéntica a la sexta, es fácil perderse; tanto arriba como aquí hay un reloj colgado de la pared de enfrente de las escaleras, solo que esos dos relojes no dan la misma hora. El de la sexta planta marca las siete y diez, aquí son las siete y, en la cuarta, diez minutos menos.

Las baldosas de la tercera planta están cubiertas con alfombras rojo oscuro con festón verde, ya no se oye un solo paso. Los números de las habitaciones ya no están pintados en las puertas, sino que están en plaquitas de porcelana ovaladas. Viene una camarera con un plumero y una papelería en la mano, al parecer aquí cuidan mucho la limpieza. Aquí se alojan los ricos, y Kaleguropulos –¡qué listo!– manda atrasar los relojes a propósito, pues a los ricos les sobra el tiempo.

En el entresuelo estaban abiertas las dos hojas de una puerta.

Era una habitación grande con dos ventanas, dos camas, dos armarios, un sofá de terciopelo verde, una estufa de azulejos marrones y un reposamaletas. En la puerta no había ningún cartel firmado por Kaleguropulos... Igual a los huéspedes del entresuelo sí se les permitía hacer ruido pasadas las diez de la noche, igual con ellos sí asumía el hotel la responsabilidad de la «pérdida de joyas»... ¿O acaso ya sabían lo del servicio de caja fuerte o se lo decía Kaleguropulos en persona?

De una habitación vecina salió entre frufrús una señora, perfumada y con una boa de plumas... ¡Eso es una dama!, me digo y, pegado a ella, bajo los pocos escalones que quedan, contemplando alegremente sus botitas de charol. La señora se detiene un rato con el portero, yo llego a la entrada a la vez que ella, el portero me saluda y me siento halagado de que tal vez me haya tomado por el acompañante de la señora rica.

Como no sabía en qué dirección ir, decidí seguirla.

Salió de la estrecha callejuela donde estaba el hotel girando a la derecha, y ya estábamos en plena plaza del mercado. Al parecer, había sido día de mercado, por el suelo quedaban briznas de paja y heno, estaban cerrando las tiendas, se oían los típicos sonidos de cadenas y candados, los vendedores ambulantes se volvían a sus pueblos con pequeñas carretillas; mujeres con pañuelos de colores en la cabeza apretaban el paso con mucho cuidado de no derramar el contenido de las vasijas que cargaban pegadas al vientre, con cestas de la compra al brazo, a reventar de cosas entre las que asomaban cucharas de madera. Unas cuantas farolas añadían su luz plateada a la del crepúsculo, la acera se convirtió en un paseo, muy concurrido por caballeros de uniforme y de paisano ondeando sus delgados bastones, y surgían nubes de perfume ruso que luego se desvanecían. Llegaban coches desde la estación, traqueteando, con torres de maletas y viajeros con la cara cubierta. El empedrado estaba fatal, estaba lleno de socavones y baches traicioneros, las partes en peor estado se habían cubierto con tabloncillos de madera putrefacta que emitía unos crujidos muy extraños.

A pesar de todo, la ciudad ofrecía un aspecto más amable por la tarde que por el día. Por las mañanas era gris, la saturaba el polvillo de carbón que soltaban chimeneas gigantescas de las fábricas cercanas, por las esquinas había mendigos sucios y encorvados, y en las callejuelas estrechas se amontonaban la basura y las cubas de mosto.

La oscuridad, sin embargo, lo ocultaba todo, la suciedad, el vicio, las enfermedades y la pobreza; una oscuridad bondadosa, maternal, que perdonaba y encubría.

En la oscuridad, los edificios que simplemente están viejos y hechos una ruina se ven fantasiosos y enigmáticos, parecen de una arquitectura caprichosa. Los frontispicios torcidos se integran suavemente en la sombra, la luz mortecina resulta hogareña a través de los cristales medio empañados; a dos pasos brotan torrentes de luz desde un ventanal de la altura de una persona: es una pastelería, con espejos que reflejan los brillos de las arañas y de la cristalería tallada, y lindos angelitos asomados desde la bóveda del techo. Es la pastelería de la gente rica, la que hace dinero y lo gasta en esa ciudad industrial.

Allí iba la señora, y yo dejé de seguirla, porque pensé que el dinero tenía que durarme bastante hasta poder continuar mi viaje.

Seguí paseando, vi grupos de judíos con kaftanes negros y mucho trajín, oí un fuerte murmullo, saludos y repuestas a los saludos, palabras de indignación y largos parlamentos; lanzadas al aire por las bocas y apuntando a las orejas volaban las palabras: muelles, porcentajes, lúpulo, acero, carbón, limones. Unos tipos de mirada torva y chaquetones con cuello impermeable debían de ser policías. Automáticamente, me llevé la mano al bolsillo de la pechera, donde llevaba el pasaporte, igual que de soldado me llevaba la mano a la gorra en cuanto veía a algún superior cerca. Me habían repatriado, tenía los papeles en regla, no había nada que temer.

Me acerqué a un guardia, le pregunté por la Gibka, la calle donde vivían mis parientes, mi adinerado tío Phöbus Böhlaug. El guardia hablaba alemán; allí mucha gente hablaba alemán, los dueños de fábricas, ingenieros y comerciantes alemanes dominaban la sociedad, los negocios y la industria de aquella ciudad.

Tuve que caminar diez minutos y fui pensando en Phöbus Böhlaug, de quien mi padre, en la Leopoldstadt¹, hablaba con odio y envidia cuando llegaba a casa agotado y abatido de intentar recaudar impuestos en vano. El nombre de Phöbus lo pronunciábamos con respeto todos los miembros de la familia, era como si de verdad se hablara del dios del sol; mi padre era el único que siempre decía «ese canalla de Phöbus», pues por lo visto se había quedado con la dote de mi madre para hacer negocios. Mi padre siempre fue demasiado cobarde, nunca reclamó aquella dote; se limitaba, cada año por las mismas fechas, a repasar la lista de extranjeros llegados a nuestra ciudad para ver si Phöbus Böhlaug se alojaba en el Hotel Imperial y, de ser el caso, se acercaba a invitar a su cuñado a tomar el té con nosotros, en la Leopoldstadt. Mi madre se ponía un vestido negro que ya había perdido la mayor parte de sus lentejuelas, y le mostraba a su hermano rico un respeto como si tratara

1. La Leopoldstadt –la «ciudad de Leopoldo (por Leopoldo I)»– es el barrio judío de Viena, el 2.º Distrito. En ningún momento se nombra la ciudad de la novela, aunque por la descripción y por datos biográficos de Roth parece ser Lodz. También podría tratarse de una ciudad inventada a partir de una o incluso varias ciudades reales. (*N. de la T.*)